

Eloy Pizarro y Vega

EL SEIS DE AGOSTO

DE

MIL OCHOCIENTOS SETENTA Y CINCO



QUITO

—
IMPRESA DEL CLERO

—
1888



EL 6 DE AGOSTO DE 1875.

El Sr. D. Manuel María Pólit, que á nombre de la Juventud Católica de Quito, acaba de publicar una hermosa colección de los escritos y discursos del Excmo. Sr. Dr. D. Gabriel García Moreno, tuvo á bien pedirme algunos datos conducentes, así al esclarecimiento de la autenticidad del Mensaje autógrafo, que el ilustre Magistrado traía á la mano el día de su cruenta inmolación, como á los demás incidentes y pormenores relativos al funesto suceso del 6 de agosto de 1875. Este preciado documento que hoy reposa en la Biblioteca del Vaticano, ofrecido por el Excmo. Sr. Dr. Antonio Flores al Augusto Vicario de Jesucristo en sus *Bodas de Oro*, carecía de comprobada *autenticidad histórica*, pues hasta ahora no se han publicado las circunstancias conexas con este asunto, y tan sólo se ha deferido á la tradición y á la nota ó advertencia, que para conocimiento de las Cámaras Legislativas de 1875, expuse, como Redactor del periódico oficial, en la primera impresión que se hizo de este documento.

El deber de suministrar al Sr. Pólit los datos pedidos en la carta que me dirigió á este respecto, me

puso en la necesidad de renovar una memoria dolorosa y volver los ojos, anublados por el llanto, al sangriento escenario del 6 de agosto de 1875, para referir detalles apenas conocidos por los contemporáneos, y generalmente ignorados de la mayor parte de la generación actual, que sólo por tradición sabe que en aquella memorable y aciaga fecha, perdió el Ecuador su más eminente y glorioso Caudillo, muerto á los golpes asestados por alevés y traidores sicarios.

Tres lustros aproximadamente han decurrido desde esa nefasta fecha; y la generación actual desconoce casi completamente los incidentes y pormenores de un acontecimiento tan trascendental para la Patria. La descarnada narración de estos incidentes y pormenores, conforme en todo á la mas austera verdad, es el objeto del presente escrito.

Cuando después de largos años de infortunio, el amor y la piedad de los amigos y deudos de los que fueron, dirige sus pasos á la tumba en que se encierran las cenizas de sus progenitores para dar testimonio de que el tiempo con su múltiple cortejo de acontecimientos dolorosos ó halagüenos, no ha extinguido el indeleble recuerdo de sus merecimientos, suele llevar consigo simbólicas coronas para depositarlas en torno de los sepulcros.... Cumple, pues, al más pequeño y ardiente amigo del inmortal García Moreno, renovar este tributo de creciente admiración y amor, en el décimo tercio aniversario de su violenta muerte; y al consagrar á su memoria este recuerdo, satisfacer igualmente en esta ocasión, el deseo de las personas que, secundando este mismo propósito, han estimado conveniente y necesaria la relación de los incidentes que paso á consignar, refiriendo cuanto ata-

ñe á la historia del Mensaje y su comprobada autenticidad.

La imprenta del Gobierno y la Redacción del periódico oficial corrían á mi cargo por aquella época de 1875, y el trabajo se había cuadruplicado en la oficina, con motivo de la impresión no sólo de los programas de la Escuela Politécnica y demás institutos nacionales de instrucción pública, sino, muy en especial, con la de todos los documentos oficiales, Memorias de los respectivos Ministerios; informes de los Gobernadores de las Provincias, Jefes políticos cantonales y demás empleados que, según su jerarquía en los diferentes ramos de la Administración pública, debían exponerse para conocimiento de la Legislatura, próxima á su instalación, el 10 de agosto de aquel memorable año de 1875.

Llegado el 1º del mes, el Presidente de la República no había remitido aún el correspondiente Mensaje para su lectura ante las respectivas Cámaras legislativas; y temiendo que se estrechara el tiempo y no alcanzara á hacerse oportunamente la edición de dicho Mensaje, acudí á la habitación del Excmo. Sr. García Moreno á fin de hacerle presente la necesidad de atender cuanto antes á la impresión de este documento. Expuesto el objeto de mi entrevista con el Sr. García Moreno, "tiene U. razón, díjome, pero es el caso que además de haber estado con la salud algo indispuesta, he tenido en estos días tal recargo de múltiples atenciones, que me ha sido imposible consagrarme á este trabajo, que, desde luego, será breve; pero para el cual necesito de datos matemáticos, acerca del monto total de las rentas fiscales y su prolija in-

versión en las diferentes obras públicas que se han realizado en los seis años de esta última administración; en los ingentes pagos de deudas olvidadas por las administraciones anteriores, así en la flotante como en la inscrita, y de otros pormenores que el Congreso debe apreciar, para que se conozca positivamente el actual estado de la Nación. Pero para que pueda U. atender á la impresión del Mensaje, procuraré entregarle por pliegos el manuscrito, á fin de que la adelanten, y quede concluída la edición con el último pliego, que se lo daré si me es posible en esta misma semana.”

El dos de agosto fuí llamado por el Excmo. Sr. García Moreno, quien al poner en mis manos el primer pliego de su Mensaje, manuscrito por su escribiente D. Rafael Alencastre, me aseguró que pronto me entregaría todo el original. Dí este primer pliego, para su correspondiente impresión, al Sr. Isidoro Miranda, principal operario de la imprenta de Gobierno; y después de corregir personalmente la primera prueba, pasé á casa del Excmo. Sr. García Moreno y le entregué el impreso para que él mismo lo revisara. “No será necesario que yo lo corrija, dijo entonces, puesto que ya lo habrá U. corregido; y le autorizo para que modifique ó suprima todo lo que no le pareciere conveniente.” Al oír expresarse de esta manera á un hombre de tan elevada talla como lo fué en todo sentido el ilustre Presidente que así me hablaba, sonrío involuntariamente, por parecerme una ironía la confianza inmerecida y erróneo el concepto que el Sr. García Moreno había formado de mis insignificantes aptitudes.—“¿ Por que se ríe U.?” me dijo;—“Señor, le repliqué, me parece que Su Excelencia me lo dijera en són de burla: ¿había yo de atreverme á cambiar una coma en un escrito de V.

Excelencia?" A lo cual me contestó:—"Hace U. mal de juzgar de ese modo. En efecto se lo digo, porque así lo siento: no crea U. que jamás haya yo tenido humes de literato. Escribo todo lo que estoy obligado á escribir, sin cuidarme mucho de la forma, y por lo mismo creo que pocos escritos adolecerán de tantas incorrecciones como los míos, pues desde que fui á Europa conservé por mucho tiempo la costumbre de redactar en francés, costumbre que aún no la pierdo por completo: de consiguiente mis escritos deben estar naturalmente plagados de galicismos; y U. debe corregir los que haya en este Mensaje, no por mí, porque como le he dicho, no me precio de literato; sino porque no querría que en un documento oficial hubiese faltas é incorrecciones que dejasen mal parado al Gobierno, en *concepto de los hablistas*. Así que, dejo á U. el cuidado de enmendar cuanto no le pareciese bien en mi Mensaje."

Había tal acento de sinceridad en estas expresiones del Sr. García Moreno, que en ellas podía reconocerse cuan cierto es, que la verdadera sabiduría es modesta, y á veces desconocida de su mérito; tan al contrario de la petulante y presuntuosa ignorancia, que con una dedada de cualquier baladí conocimiento, se imagina que nadie puede poner el más leve reparo á sus afectados y ampulosos conceptos.

Agradecí altamente á Su Excelencia el favor inmerecido que me dispensaba, y al repasar la lectura del impreso, díjele:—"Ya que Su Excelencia me alienta con su generosa confianza, vea si le parece más propio usar en el copretérito de este verbo, la terminación *diese* en vez de *diera*, como está ahora." "Así me parece, contestó, pero yo no la he

cambiado, respetando la corrección que creí había U. hecho en este sentido. . . . Así sincera y profunda era la modestia del sapientísimo y malogrado Caudillo!

En la inmediata entrevista que tuve con el Excmo. Sr. García Moreno, á propósito de la terminación del original del Mensaje, me dijo que su escribiente había faltado en esos días; y habiéndome preguntado si yo podría leer sin mayor dificultad su letra, á fin de escribir por sí mismo la parte final del Mensaje, contestéle que la entendía muy bien; con lo cual quedó convenido en escribir personalmente y que al día siguiente fuese yo á recibir el manuscrito á su casa, ó en caso de que yo no pudiese acudir á ella con este objeto, que el mismo Sr. García llevaría el manuscrito á Palacio, para entregármelo en la respectiva oficina de la imprenta.

El día siguiente, que fué el nefasto 6 de agosto de 1875, á las 11 a. m., me dirigía á casa del Presidente, y en una esquina á ella próxima, encontré á los jóvenes Roberto Andrade y Abelardo Moncayo que se hallaban juntos en aquel paraje, como si aguardasen á alguien. Acerquémeles, pues era su amigo, y después de saludarlos les pregunté la ocasión con que se hallaban allí. Andrade me contestó que esperaban á algunos amigos con quienes estaban comprometidos para ir á bañarse (¡¡¡en sangre!!!); y habiéndole yo observado que era demasiado temprano, díjome que esperarían la hora conveniente reunidos en casa de un amigo. Ocasión fué aquella en la cual si hubiese yo tenido algún antecedente, habría podido entrever el nefando crimen que se preparaba; pues entre las expresiones que vertió Moncayo, y refiriéndose á un sa-

budo que en "El Nacional" había yo dirigido á "El Alba," periódico por ellos redactado, díjome: gracias por el galante saludo que en "El Nacional" dirige U. á nuestro humilde periódico; pero advierta U. que vamos á echar el guante á su *Nacional*, Lo alzaremos, le contesté con presteza; y Moncayo, toimando un aspecto más apacible y como si hubiese tratado de recoger una expresión imprudente, replicó: "No, Señor, ¿quién se va á meter con semejante periodicazo que tiene la virtud de asentar que lo blanco es negro, y lo negro blanco, y lo prueba? bueno es que yo se lo diga á U. por burla."

Despídeme de los dos jóvenes, y me dirigí á casa del Sr. García Moreno y en la puerta encontré al Coronel José Antonio Martínez, primer Edecán de Gobierno. Preguntéle por el Presidente, y me respondió que se hallaba ocupado en escribir el Mensaje, y que á fin de que no le interrumpiesen, le había dado orden que á nadie permitiera entrar á su habitación. Yo voy á verlo, porque me ha llamado, contesté al Coronel Martínez; quien me previno que acaso cometía yo una imprudencia en interrumpir al Presidente, por cuanto hacía un momento, añadió, que habiendo subido á entregarle una carta, remitida con el carácter de urgente, insistió Su Excelencia en prevenirle que no volviese nadie á distraer su atención.—Subí á pesar de la advertencia, pues era mi ánimo detenerme en la habitación del Sr. García Moreno el tiempo que dilatara en terminar su escrito, y asociado con él ir á Palacio, conferenciando sobre algunos puntos cuyo acuerdo me era necesario. Toqué las puertas y nadie me contestó; silencio que me obligó á desistir de mi propósito, y pasé á la pieza de la Sra. Doña Mariana del Alcázar, digna consorte del Sr. García Moreno. Indiqué á la Señora el objeto con-

que yo había ido, y que el Sr. García no me contestaba: la Señora me replicó en estos términos: "Gabriel dijo que ahora mismo tenía que entregar á U. el Mensaje y que no había de salir de su cuarto hasta no acabar de escribirlo." Despedíme de la Señora de García Moreno y pasé á casa del Sr. D. Javier León, Ministro de lo Interior é Instrucción Pública, para invitarle á concurrir, siquiera por breve tiempo, al examen de la escuela de la Sra. Doña Mariana Ribadeneira, establecimiento que, aunque reciente, empezaba ya á gozar de buena reputación y del merecido prestigio con que se distinguió más tarde. El Sr. León se excusó á mi invitación y hube de ir al local solo, estimulado por el deber de asistir personalmente á los actos de prueba de los Liceos y Escuelas nacionales de la Capital, para dar razón de ellos en el periódico oficial. A las puertas de dicho local (en Santo Domingo) volví á encontrar á Moncayo, Andrade y Manuel Cornejo además: hablé con el último, que siempre afable y de carácter ameno, me dirigió varias pullas y gracias, propias de su índole festiva, las cuales en nada dejaban entrever la sombría concentración y la agitación terrible que en esos momentos talvez combatían el espíritu del desgraciado joven. Dícese que allí esperaban al Sr. García Moreno y que era ese el lugar designado para su inmolación; mas no habiendo podido concurrir el Sr. Presidente, la sangrienta escena tuvo por teatro el altozano del Palacio de Gobierno, al cual me dirigí en seguida, para ocuparme en las labores del cargo de Redactor, que entonces demandaba asidua consagración.

Apenas de asiento en la oficina de redacción, entró en ella el Sr. D. José María Arteta, actual Administrador de Correos, que de costumbre con-

curría en tales días, para leer los periódicos extranjeros que vienen en canje de "El Nacional." Era la una p. m., cuando el Sr. Arteta alcanzó á oír la detonación de tiros de revolver, detonación que había pasado casi desadvertida para mí, por confundirse ese ruido con el proveniente de las labores de albañilería que en esos días y los precedentes se hacían en Palacio. Salió inmediatamente el Sr. Arteta, y volviendo con presteza á donde estaba yo, *revolución*, dijo, salga pronto, *que asesinan al Presidente*. Atónito y confuso dejé el asiento y me lancé con violencia fuera de Palacio, al lugar donde se repetían los disparos. Al acercarme al corredor de la que era oficina de Tesorería de Hacienda, hallé á varios de los empleados subalternos que corrían al interior del Palacio, y uno de éstos, viendo que yo iba aceleradamente afuera, me dijo; "no salga, Señor, que allí hacen tiros matando al Presidente." Corrí aún más con este nuevo y terrible aviso, y luego que llegué á los umbrales de la que entonces era la puerta principal de Palacio, dirigí la vista á uno y otro lado, y no viendo á nadie, me dirigí con igual presteza hacia el lado del cuartel de artillería, creyendo encontrar allí la lucha y el peligro, pues mi primer suposición fué que la revuelta partía del cuartel. Me confirmó en este supuesto, el ver unos cuantos soldados que corrían apresuradamente á la plaza, armados de rémingtons en són de dispararlos; y avanzando sin vacilar hacia ellos con la firme resolución de morir, intímeles que disparasen sobre mí. *Viva el Gobierno*, contestaron los soldados, con lo cual advertí que la fuerza militar permanecía fiel; y asociado entonces con los seis ú ocho soldados que iban sin jefe (á lo menos que yo hubiese visto) me dirigí hacia el centro de la Plaza por donde huía con lánguido y desconcertado paso el principal y cruel verdugo de la inde-

fensa víctima que acababa de inmolar. Al entrar en la plaza volví la vista al lado izquierdo, y ví un bulto caído al pie del atrio del Palacio, y en su derredor á una mujer y un hombre del pueblo que, con otro sujeto de mejor talante, se mantenían como poseídos de espanto. Supuse que aquel bulto era (como fué en efecto) el Sr. García Moreno, pero sin encaminarme hacia él, me dirigí á Rayo, quien al aproximarse la escolta y verse por ella cercado, dejó caer el machete y sin resistencia se dejó aprehender. Me acerqué al asesino y asile fuertemente por el brazo izquierdo, previniendo á los soldados que lo escoltasen en torno con las bayonetas. Rayo no articuló una sola palabra: jadeante y entrecortado el aliento, desencajados los ojos, erizado el cabello y conturbado el feroz semblante volvía rápidamente la cabeza á uno y otro lado, y caminaba al centro de la escolta en dirección al cuartel. Al aproximarnos á la esquina que conduce á la Artillería, se presentó por detrás de Rayo, el Sr. Comandante D. Manuel Pallares, segundo edecán de Gobierno, acompañado del cual, había venido el Sr. García á su despacho; y trayendo en sus manos el bastón y sombrero despedazado de la víctima, prorrumpía en exclamaciones de dolor y arrebatos de indignación. Al encuentro de Rayo, bajaba del cuartel el General D. Julio Sáenz, cifiéndose la espada, y junto á él venía un soldado (Manuel López) que no traía morrión. Al ver Rayo al General, abrió los brazos é hizo ademán de abalanzársele (á lo que yo creo con ánimo de buscar un refugio y ampararse con la persona del General;) con el cual ademán de Rayo retrocedió el General dos pasos; y algunas personas que se habían agrupado en la esquina y los soldados que iban custodiando al asesino, al ver esa actitud al parecer agresiva, levantaron la voz gritando que lo matasen; entou

ces se aproximó el soldado que bajaba con el General é intimidando á los que cercábamos á Rayo que nos rétirásemos, dirigió la boca del rémington al cerebro del malhechor y disparó sobre él saltándole la bala el cráneo y esparciéndole en fragmentos. Cayó el Verdugo, muerto antes que espirase la Víctima; y entonces apartándome del sitio en que yacía tendido ese espantable cadáver, bajé al en que se hallaba el Sr. García Moreno y hallé aún en la misma actitud en que le ví al principio. . . . ; *Horrible visul*. . . . Quién podría explicar la impresión desgarradora que experimentó mi alma al contemplar semejante espectáculo: cuando los ojos ven lo que nunca vieron, el corazón siente lo que nunca sintió. . . . Vuelven los ojos á nublarse con nuevas lágrimas. . . . Quién me hubiera dado morir en aquel día y exhalar el postrimer aliento, traspasado de dolor, junto al cuerpo sangriento donde moró ese espíritu inmortal cuya desaparición llorará por siempre el Ecuador.

Abracé su cuerpo como al de un padre y procuré alzarlo, mas me fué imposible sobreponerme al dolor que enajenaba mi espíritu y enervaba mis fuerzas físicas; y entregando el despedazado cadáver en brazos de cuatro ó seis personas, que ya en esos momentos se habían acercado, lo hice conducir á la iglesia Catedral, donde espiró á los pies de esa misma Cruz que pocos días antes había el héroe cristiano paseado en sus hombros por las calles de esta Capital.

Antes de pasar adelante en esta narración será bien describir la actitud en que ví al Excmo. Sr. García Moreno al levantarle del suelo, puesto que en el prolijo interés con que se estiman hoy los más pequeños detalles de la sangrienta catás-

trofe, nadie ha descrito, ni era posible que positivamente describiese estos pormenores, pues antes que yo nadie se había atrevido á levantar el cadáver del Sr. García, y fué en la Catedral donde le vieron posteriormente algunas personas y le hicieron aplicaciones tópicas para reanimar la vida exánime que aseguran conservaba aún.

Reposaba sobre el lado derecho vuelta la cara hacia arriba; los ojos casi enteramente abiertos y el párpado superior del izquierdo ligeramente caído. En la frente tenía una mancha oscura en el centro, y en torno cenicienta, proveniente de algún disparo á quema-ropa sobre el cuerpo caído; el cual yacía medio recogido, dobladas las corbas, como si hubiese hecho algún esfuerzo para levantarse. Las heridas que á primera vista se notaban y por las cuales despedía mucha sangre, fueron las del lado izquierdo de la cabeza, en que aparecían tres cortes formidables, casi equidistantes y paralelos, uno de los cuales le dividía la oreja, cuya parte inferior parecía suspenderse puramente adherida á la piel. Al levantar al Sr. García por los pies, despidió mucha sangre que debió estar como represa por la actitud irregular y encogida que conservaba el cuerpo. Esta sangre empapó mi ropa en términos de haberme sido necesario cambiármela, pues no bastó enjuagarla con pañuelos que conservo aún, saturados en ella. En el suelo yacían algunos fragmentos del cráneo que recogí y conservo. El Sr. D. Ignacio del Alcázar pudo también recoger una esquirra de manos de un muchacho que la encontró en el sitio en que cayó el Sr. García.

La mujer á quien vi junto al cadáver del Sr. García Moreno, de la cual hice mención anteriormente, refirió que cuando fué el Presidente empu-

jado del altozano del Palacio á la plaza, hizo esfuerzos para levantarse, y apoyándose en el brazo se enderezaba ayudándole ella; cuando Rayo que había dado la vuelta la esquina próxima, se precipitó nuevamente hacia el lugar en que yacía el Sr. García Moreno, é intimando á dicha mujer para que se retirase si no quería perecer á sus manos, acabó de descargar sobre el cuerpo caído del Presidente, los furibundos golpes de machete que le trituraron el cráneo, y cada golpe acompañaba de una salmodia de improprios diciéndole: "muere hipócrita, muere infame, jesuita con casaca, tirano, etc.," y que entonces García Moreno, haciendo un esfuerzo supremo, dijo: "Dios no muere." Esta verdadera relación explica adecuadamente el origen de aquella gran postrimera frase del ilustre Presidente; frase que ha resonado muy lejos y que á pasado á ser un apotegma universal en el mundo católico.

Insiguiendo ahora la narración de este suceso y contrayéndome al *Mensaje*, cuya *autenticidad* indagada por el Sr. D. Manuel María Pólit, motiva el presente escrito, que sin esta condición pudiera parecer á algunos inoportuno, digo, pues: que, como yo sabía que el Sr. García Moreno debía llevar consigo este preciado documento, lo busqué inmediatamente en el sitio en que yacía el cadáver; mas no habiéndolo hallado en el suelo, ni apareciendo en el paletó que lo llevaba perfectamente abrochado, como igualmente la levita, en cuyo bolsillo de pecho había un revólver que no le fué dado usar; subí apresuradamente á las puertas del Palacio, teatro del primer asalto, y aprovechando de la ausencia de concurrentes, recorrí todo ese espacio en busca del manuscrito; pues para corroborar mi persuasión de que el Sr. García Moreno le traía consigo,

el Sr. Comandante Pallares á quien interrogué en ese momento acerca de este particular, me aseguró que el Presidente *tenía á la mano un pliego circulado*. Pasé inmediatamente á la antesala del departamento de la Tesorería, oficina la más próxima al paraje en que fué el Sr. García asaltado por sus victimarios; y al oír mi activa inquisitoria, alguien me dijo que un muchacho ó empleado de esa oficina había alzado un papel. Con esta buena nueva acudí á indagar por esa persona, y me fué entonces inmediatamente entregado el pliego en referencia.

En efecto, era éste el último ó conclusión del Mensaje que el Gran Magistrado debía presentar á las Cámaras Legislativas de 1875, como se presentó en efecto. Se conservaba aún fresca su sangre, salpicada más copiosamente en la parte relativa á la instrucción pública que tantos desvelos, afanes, cuidados y sinsabores le costó implantar en la Nación. Parece que no sin alta y simbólica significación, esa parte debía ser sellada y esmaltada con la ilustre y generosa sangre de quien, al tratar de punto de tan vital trascendencia decía: "sin la educación cristiana de las generaciones nacientes, la sociedad perecerá ahogada por los brazos de la barbarie."

El pliego manuscrito de puño y letra del Sr. García Moreno y sin alteración ninguna de sus palabras ó conceptos, lo hice imprimir, sin más añadidura que la nota final que me pareció necesaria como *auténtica* del Mensaje y como noticia que el Redactor oficial debía dar á las Cámaras, acerca de las circunstancias de este notable documento.

Con esta explicación se vendrá en conocimiento de por qué sólo el pliego final del Mensaje

sé conserva como legado y valiosa joya que, á la sazón, reposa en la opulenta Biblioteca del Vaticano, y no el anterior pliego, ó sea el principio del documento. Queda ya indicado que la primera parte fué dictada por el Sr. García Moreno á su escribiente D. Rafael Alencastre, y este pliego, una vez que se imprimió en vida del Sr. García y que fué manuscrito por un plumario común, nada tiene de recomendable y estimativo, sea material, sea autográficamente. Nunca dimos ni estimación mínima á dicho primer pliego, por las mismas razones que no la dan los cajistas é impresores que arrojan debajo de las prensas los manuscritos comunes, una vez perpetuados por los tipos de imprenta. No así el último pliego del escrito en que me ocupo, el cual lo guardábamos como valiosa prenda, avalorada por los afectos del corazón, sin que hubiese precio venal suñciente para desposeernos de ella.

La importancia que este documento ha adquirido por la estimación que de él han hecho los idólatras de la memoria del Sr. García Moreno y por la indisputable gloria póstuma que su nombre ha merecido en el mundo, á costa de su sacrificio, me hacían complacerme en la posesión ignorada de el preciado autógrafo. Y digo *posesión ignorada* porque, aún cuando algún círculo de buenos amigos y otras personas lo habían visto, ó sabían que se hallaba en mi poder, nadie ó muy pocos habían creído en ese entonces, que esta posesión fuese muy envidiable. El Sr. D. Pedro Pablo García Moreno, digno hermano del Presidente asesinado, fué el único que trató de que este documento fuese á su poder, ya insinuándose conmigo por medios amistosos, ya por fin (y de seguro con menor éxito) tentando mi pobreza con el aliciente de no despre-

ciable suma. Gratitud y aplauso merecía en mi concepto, el fraternal y noble empeño del Sr. D. Pedro Pablo; pero el mismo móvil que á él le estimulaba para procurarse la adquisición del autógrafo, era para mí estímulo aún más poderoso para conservarlo. Hasta que al fin el Sr. Dr. D. Antonio Flores pudo obtenerlo con mi completa aquiescencia, invocando un motivo muy superior á mi justísimo egoísmo : era éste la gloria de García Moreno.

El Sr. Flores se despedía para Europa, arrebatado por la tormenta política que, principiando por la revolución del 8 de setiembre de 1876, terminó con la caída de la Dictadura de 1883. Persuadíome entonces que el mejor empleo que pudiéramos hacer del autógrafo del Mensaje del Presidente mártir, era exhibirlo en Europa, donde las mezquinas pasiones de una política incipiente y bastarda, no habían ofuscado el brillo del Caudillo ilustre. Digna y convincente me pareció esta razón, y desiriendo á ella, le confié gustoso el documento, pues nadie como el Sr. Flores, me pareció más adecuado para este objeto, ya por su importancia social, ya por su carácter insinuante y ameno y finalmente por los favorables antecedentes y el ascendiente que con su larga residencia y honrosas relaciones, se ha conquistado en esos respetables centros de hidalguía y cultura.

Cuando en 1883 vino el Sr. Dr. Antonio Flores llamado por el conflicto de la Patria, que demandaba el generoso concurso y sacrificio de sus mejores hijos, la premura de su viaje á las costas ecuatorianas no le permitió traer consigo el manuscrito de que hablamos, y en buena hora lo dejó en su residencia de Nueva York, para que esta circunstancia fuese ocasión magnífica de que este do-

cumento imperecedero, hallara su verdadero centro, engastándose como valioso brillante de sudicísimos quilates, en la Tiara veneranda que circunda las augustas sienes del Vicario de Jesucristo. Yo agradezco cordialmente al Sr. Flores, y le felicito por la feliz concepción de su pecho católico. Habría bastado que él ofreciera, en nombre de la Patria, este presente digno de Su Santidad, en sus Bodas de Oro, á fin de que el autógrafo reposara en el Vaticano, para que yo quedara satisfecho, aunque desposeído, pues el amor es generoso. Mas si á esto se acrece el filial afecto, cuánta no será mi complacencia por haber el Sr. D. Antonio mentado mi oscuro nombre ante Su Santidad, en el acto solemne de ofrecerle este presente. Hidalguía es esta que merece de mi parte un público testimonio de agradecimiento, y con esta ocasión se lo doy gustoso.

No se crea por algunos boquirrubios y vanos, que yo encarezco esta acción del Sr. Flores, por la honra que pudiera alcanzarme si demérito nombre fuese repetido en alguna iglesia católica del extenso mundo. Esta vanidad no es sino la ilusión de querer lisongear á los fatuos, y quizás á los que se complacen en la esperanza de medrar en el concepto de quietud. Mas yo sé que á los que ya ha de conocer un oscuro ecuatoriano, que su vanidad nace de la complacencia que experimenta en ser amante hijo, al poder ofrendar á su Padre, en el día de su mayor gloria, un presente no de su alta estimación. Los católicos han ido desde las más remotas é ignoradas aldeas del Ecuador, se han apresurado alegres y ufanos á enriquecer la ofrenda universal, llevando cada cual su ofrenda como uno, como ciento, como mil. El Sr. Flores no ha permanecido inerte en este torneo de amor y deferencia al Vicario de Cristo; en una caja de transparente cristal, le ha presentado su ofrenda asociando mi oscuro nombre al

claro suyo, y sobre todo, al del Sr. García Moreno, el más esclarecido de los hijos del Ecuador. . . .

Volviendo ahora á la relación del asalto de Rayo sobre la víctima, lo consignaré aquí según el testimonio verídico de persona que, áun cuando no fué compelida á declarar jurídicamente, nos la ha repetido de una manera auténtica: esta relación que contiene algunos pormenores, está de acuerdo con los demás que figuran en el respectivo proceso.

Sabido es que el Sr. García Moreno al dirigirse á Palacio en aquel día, entró un momento á la casa de la familia de su esposa, donde le ofrecieron una bebida que le excitó la transpiración, motivo por el cual, al salir se abrochó levita y paletó, á fin de evitar la impresión de una corriente del frío ó insalubre aire del verano. Había el Sr. García llegado al pie de la escalera que conduce al portal del Palacio, y allí le saludó respetuosamente Rayo, el cual yacía de *parada* en ese sitio. Contestóle y pasó adelante el Sr. García; y cuando hubo acabado de subir las gradas y se aproximaba á entrar en Palacio, corrió Rayo por detrás y le descargó con feroz violencia, el primer golpe de machete, que debió, á mi entender, causarle la herida que se menciona en el §. 9º del informe ó autopsia practicada por los miembros de la Facultad Médica. Volvió el Sr. García Moreno rápidamente, y arrojó entonces á la cara de Rayo, como si fuese una arma defensiva, el manuscrito del Mensaje que llevaba á la mano. . . . De frente ya con el victimario, trató de sacar el revolver, y luchaba inermemente con el verdugo armado de pavonado y poderoso alfange; y ya con el bastón, ya con el brazo paraba los repetidos golpes que le causaron las múltiples y formidables heridas, relacionadas en el ex-

presado informe. En tan desigual lucha, de nada sirvió Sr. al García Moreno la presencia de su Edecán desarmado y desconcertado con la sorpresa, á quien Rayo intimó para que se apartase, diciéndole que *nada había con él*.

Acudieron á robustecer el ataque de Rayo, Andrade y Moncayo, disparando sus revólveres, detrás de las columnas en que se apostaban, y con ellos se presentó Cornejo, á su decir ante el Consejo de Guerra, con el sólo intento de aprisionar á García Moreno, quien, cuando arrojó á la cara de Rayo el Mensaje y se vió circundado por los demás, exclamó: *malvados, todos morirán*. Estas palabras y detalles, los supimos de boca del joven D. Manuel Cornejo. La lucha era ya imposible, y despedazado el Presidente por las formidables heridas del cerebro, empezó á vacilar su cuerpo, caminando en dirección oblicua; movimiento del cual se aprovecharon los victimarios para empujarlo hacia abajo. Rayo dió entonces la vuelta, precipitándose por la grada inmediata, y se lanzó con avidez de hambreada fiera sobre su presa, temeroso de que pudiera reaccionarse y desbaratar á sus enemigos, pues el valor indomable de García Moreno era tan conocido, que si hubiese tenido la menor coyuntura para sacar su revolver, aún moribundo, habría desconcertado á sus alevés y traidores asesinos. Pero como lo ha dicho Mr. Veuillot, Dios debía á García Moreno esta muerte; porque debía morir en su fuerza, en su virtud, en la oración... y ante el atrio del Palacio, asiento de ese su benéfico y sabio Gobierno que sustentó en sus hombros de Atlante.

Parece que el Sr. García Moreno no sólo tuvo presentimientos acerca de su muerte sino que la

esperaba y aún veía, con una especie de intuición propia de esos espíritus elevados, que espacian su vuelo en las regiones de la inmortalidad y anhelan porque se rompan las ataduras que los aprisionan á esta tierra de maldición y muerte. . . . Hablaba con frecuencia del fin de las cosas humanas, y duplicaba sus ejercicios de piedad en la vida doméstica; más de una vez le encontramos arrodillado en su aposento, al pie del Crucifijo, exhalando su espíritu en ardiente plegaria; y al verse como sorprendido por la presencia de quien envuelto en el torbellino de la humanidad, no puede comprender el misterioso atractivo de la virtud, se levantaba como ruborizado y sonriente, dando alguna candorosa disculpa que se compadeciese más con la frivolidad de un testigo importuno, que con la austeridad cristiana de un creyente verdadero. Más de una vez también le vimos, en el Gabinete de su Despacho, que divirtiendo su atención de las ocupaciones oficiales, se apartaba ligeramente de los que le rodeaban, para levantar su espíritu á Dios ó implorar la protección divina para el acierto en sus deliberaciones. En el último Consejo de Estado y poco antes de instalarse en sesión, dirigiéndose con semblante risueño á sus compañeros de gobierno, les pidió inmotivado perdón, por si les hubiese ofendido en algo. En sus conversaciones familiares con sus allegados y amigos, trataba á menudo de algo que dejaba entrever la profunda preocupación de su espíritu. Entre estas confidencias, es notable la que en vísperas de su inmolación tuvo el Sr. García Moreno con el Sr. Dr. Rafael Rodríguez Maldonado, su distinguido médico y señalado amigo. “Doctor, le dije, si alguna vez tuviese que curarme de heridas, no emplee U. un tratamiento suave, sino reactivos vigorosos, porque en mi organización, casi siempre las heridas

caen en atonía.” En esa misma ocasión, según nos lo refirió el mismo Dr. Rodríguez Maldonado, le dijo: “Me horrorizo cuando pienso que mi cuerpo pudiera ser objeto de una autopsia en manos de los médicos: he presenciado algunas, y he visto el poco respeto con que ustedes los facultativos, tratan los cadáveres. . . . Usted, Doctor, cuando se vea en un caso semejante, no olvide que el cadáver merece grande respeto, como que ha sido el depósito de una alma inmortal, que aunque de él se ha apartado, volverá á recobrarlo en el día de la resurrección de los muertos, para dar cuenta de sus actos al Supremo Juez. . . .”

Hé aquí consignados todos los pormenores que relativamente al hecho del 6 de agosto y la persona del Sr. García Moreno, puedo referir bajo la fe de mi palabra y religión. Lo demás, respecto de sus consecuencias en la administración pública y consiguiente organización del Gobierno, se reduce á lo siguiente.

La violenta muerte de Rayo y el súbito dolor que se apoderó del pueblo con la funesta desaparición del Sr. García Moreno, pusieron en horroroso desconcierto á sus asesinos, cómplices y demás fautores de la presunta revolución, que así empezaba por el más desatentado y monstruoso asesinato. Andrade, Moncayo y demás huyeron, aunque no con el desengaño de quienes viesan frustrado el éxito que con la muerte del Presidente se proponían alcanzar; sino más bien con la cautela y reserva de alucinados que esperaban desde no lejano escondite, alzarse con el trofeo de su enorme crimen, gritando “viva la libertad, murió el tirano.” La imponente actitud del pueblo y del ejército aplastó el

plan nefando; y algunos de los complicados en el asesinato, como sabedores ó cómplices, huyeron con estudiada prudencia, ó se pusieron al lado de la Víctima, con refinada hipocresía. Uno de éstos fué el Comandante Francisco Sánchez, tercer Jefe de la Artillería quien, según las acusaciones y pruebas exhibidas ante el Consejo de Guerra, que sentenció al joven D. Manuel Cornejo, fué basa y apoyo en que estribaba el plan revolucionario. Este venal y desventurado militar fué sobornado por el Dr. Manuel Polanco, oculto autor y protagonista del sangriento drama; empero, ya fuese por el estupor y pasmo que se apoderó de Sánchez, después de la muerte de Rayo, ya por efecto de su poco ascendiente en el ejército; ó ya finalmente porque lo impidiera la presencia de los Generales Salazar y Sáenz, y la del Sr. Javier León que acudieron inmediatamente al Cuartel de la Artillería, lo cierto es que el Jefe aludido, muy lejos de secundar el plan preconcebido, ni aparecer en él complicado, se apresuró á acudir á la imprenta de Gobierno, y suplicó al Redactor que en nombre del ejército y sus Jefes, le diese escrita una enérgica *protesta* contra el nefando crimen que acaba de perpetrarse: protesta que se publicó en efecto.

Restablecida la confianza en el ejército y asegurada la lealtad de sus Jefes, organizóse el Gobierno, habiendo asumido el Ministro de lo Interior el ejercicio del Poder Ejecutivo, y continuando la administración gubernativa, conforme á lo prescrito por la respectiva Constitución. Se publicaron los decretos del caso, y se fijó para las solemnes exequias por el Sr. García Moreno, el 10 de agosto, fecha entonces señalada para la reunión del Congreso, como conmemorativa del primer grito de la Independencia que proclamaron

nuestros heroicos antepasados. El Sr. León, nombró Ministro de lo Interior al Sr. D. Manuel de Ascáubi, sujeto de no común entereza, patriota de generosa estirpe y amigo decidido de la Víctima, como que fué su hermano político. Por denuncias y datos más ó menos fundados, y sobre todo, por efecto de la natural conturbación y justa desconfianza que se apoderan de los Gobiernos en circunstancias anormales, se mandó aprehender á algunas personas, más con el fin de esclarecer los hechos, que con propósito de castigarlas como culpados : todas ó en su mayor parte fueron puestas muy luego en libertad.

Lo que aconteció después en lo político es del dominio público; y áun cuando conocemos á fondo y de una manera exacta las causas generadoras de los cómicos y trágicos efectos que en esa época dieron por resultado final el desbarajuste de ese gobierno de transición y su partido, nos abstenemos de entrar en apreciaciones peligrosas en días de vivos; pues la verdad cuando no es llamada á sostener sus fueros y no le va en ello la vida y honra, ha de envolverse en manto de reserva cuidando de ser cortés y prudente. . . .

Al concluir este escrito que he pergeñado á vuela pluma, estimulado exclusivamente por el deber de dar satisfactoria respuesta al Sr. D. Manuel María Pólit, cuyas felices disposiciones y generoso aliento en pró de la gloria del Sr. García Moreno, aplaudo y sinceramente respeto, debo indicar que si alguna deficiencia se notare con respecto á alguno de los puntos á que se contrae la petición del joven ó inteligente escritor, estoy dispuesto á satisfacerlos en el sentido que lo tenga á bien; pudien-

do sí afirmar, bajo mi palabra de honor, que cuanto llevo referido, es *auténtica* relación de los sucesos conexionados con la sangrienta catástrofe del 6 de agosto de 1875, sin que arguyan en contrario, cualesquiera pormenores que pudieran conocer otros más *enterados del hecho*: yo refiero lo que me consta.

Eloy Proaño y Vega.



